

A C A N T I L A D O

Josep Maria Esquirol

La penúltima bondad

Ensayo sobre la vida humana



JOSEP MARIA ESQUIROL
LA PENÚLTIMA BONDAD

ENSAYO SOBRE
LA VIDA HUMANA

ACANTILADO
BARCELONA 2018

CONTENIDO

- I. Aquí, en las afueras del paraíso imposible
- II. El repliegue del sentir: de la piel al corazón
- III. El deseo que se genera
- IV. El paraíso imposible
- V. La felicidad de las afueras se llama *generosidad o bondad*
- VI. Los dos árboles míticos del Edén están aquí
- VII. Las vacas, Nietzsche y Francisco de Asís
- VIII. El desplazamiento político de medio palmo hacia la comunidad que vive
- IX. El penúltimo pensamiento y el ser capaz de vida



I
 AQUÍ, EN LAS AFUERAS
 DEL PARAÍSO IMPOSIBLE

No nos han expulsado de ningún paraíso. Siempre hemos estado fuera. En verdad, y por suerte, aquí *el paraíso es imposible*. Nuestra condición es la de *las afueras*. Unas afueras muy singulares, pues no están definidas a partir de ningún centro. Aquí, en las afueras, la génesis y la degeneración, la vida y la muerte, lo humano y lo inhumano—ya que sólo el humano puede ser inhumano—, la proximidad y la indiferencia.

Aquí, en las afueras, vivir es sentirse viviendo.

Aquí, en las afueras, no hay ni plenitud ni perfección. Pero sí afección infinita—misterio—y deseo.

Aquí, en las afueras, el mal es muy profundo, pero la bondad todavía lo es más.

Aquí, en las afueras, lo que más importa no son los inicios inmemoriales, sino el suelo, la base.

Aquí, en las afueras, nada tiene más sentido que el amparo y la generosidad.

Aquí, en las afueras, cuesta muchísimo moverse medio palmo en la buena dirección. Es el medio palmo hacia la comunidad fraterna que vive.

Aquí, en las afueras, no sólo vivimos, sino que somos *capaces de vida*.

La *condición humana* es la de las afueras del paraíso imposible.

En el paraíso imposible había todo tipo de animales, salvo vacas.

NO EL PARAÍSO, SINO LA GÉNESIS

El paraíso terrenal es la imagen plástica que corresponde al concepto de plenitud y de perfección. Pero querer entender lo humano en términos de plenitud lleva a un callejón sin salida. La *situación humana*, la *condición humana*, no se define a partir de

ninguna pérdida ni de ningún alejamiento de la plenitud paradisíaca, áurea o natural.

Sin embargo, en las afueras, en *nuestras* afueras, no es cierto que «hay lo que hay y eso es todo». Tal sentencia lapidaria no describe en absoluto nuestra comarca, puesto que lo más humano se expresa decisivamente con la generación y, muy en especial, con la gratuidad de la generación llamada *generosidad* o *bondad*. Una generosidad, la de las afueras, que nunca va de arriba abajo—porque nadie está por encima de nadie—, sino, siempre, de lado a lado. Que existir sea en parte resistir, se entiende *con miras* a la generación; resistimos porque la vulnerabilidad amparada es capaz de madurar, de crear y de dar. La resistencia íntima es, al mismo tiempo, amparo y esperanza en la generación. Con ramitas de acebo los antiguos horticultores protegían el plantel recién trasplantado para que pudiera resistir las inclemencias del tiempo. También nosotros nos resguardamos, para resistir. Y el horizonte de la resistencia son la creación y la generosidad. Aunque, en realidad, amparar a los demás ya sea el primerísimo ejercicio de la generosidad.

Y precisamente porque la generación nos es lo más propio, lo peor y más inquietante está en las mil formas de *degeneración*. La *violencia* es la principal, y su extensión es vastísima: comprende desde los homicidios más pavorosos y las vejaciones más brutales hasta las incontables modalidades, manifiestas o encubiertas, de la injusticia y de la indiferencia.

Más que averiguar los inicios paradisíacos, pensar la condición humana exige dirigirse a la *base*, volverse hacia lo más fundamental. Porque la *génesis* no necesariamente se halla en el inicio de una serie: se da tanto al principio como al final; en cualquier lugar y en cualquier tiempo. La *génesis* se da sobre todo allí donde la vida personal late y circula con intensidad; allí donde la vida se siente; allí donde la vida se ilumina. La *génesis* se da aquí. Pero, paradójicamente, no es nada fácil acercarse a este aquí. Hacerlo constituye un programa entero de esfuerzo filosófico; un *método* filosófico, podríamos decir, literalmente, camino de la *ingenuidad*. Porque el significado elemental de la palabra *ingenuidad* es justo éste: *in-genuidad*, ‘cerca de la *génesis*’, ‘hacia el foco de la *génesis*’. Por eso se dice de los niños que son «ingenuos», porque todavía están cerca de la *génesis* como nacimiento. Entiéndase bien: no se trata de reivindicar una presu-

mible mirada infantil, virgen, aún no adulterada, sino del afán por observar bien la base, el suelo, el fundamento. La ingenuidad reivindicada no coincide ni con la banalidad, ni con la pureza angelical. Mirada filosófica, mirada atenta y mirada ingenua devienen sinónimos.

Para acercarse a la génesis uno puede prestar atención a lo que vivimos y vemos—que vemos porque vivimos—, y también puede valerse de los grandes símbolos—que son «grandes» porque se han fraguado junto a la base—. Símbolos destacadísimos son, por ejemplo, los que aparecen en las tragedias de Sófocles o en los primeros capítulos del Génesis bíblico. Comentarlos es un ejercicio de ingenuidad. Como decía Paul Ricœur, el símbolo da qué pensar; da algo y ese algo que da es algo que pensar y que, al mismo tiempo, se convierte en vitamina del pensar. Hay continuidad entre el símbolo y la descripción del paisaje humano; continuidad entre la interpretación del símbolo y la observación de la vida. La literatura y la poesía son las mayores beneficiarias de tal continuidad. En este libro, la referencia a lo simbólico va a ser para tratar, principalmente, del paraíso imposible, en cuyo marco puede resultar muy sugerente referirse a la mirada perdida de Adán y al tedioso ademán de Eva, que, después de hacer el amor y de comer la fruta de un granate intensísimo, sentían el desasosiego de prever que el mañana sería igual que el ayer.

No sólo jamás ha existido ningún paraíso terrenal, ni va a existir, sino que el imaginario que trabaja en esta dirección acaba siempre por estrellarse y por dar pie a lo contrario de lo que aspiraba. Queriendo describir la plenitud, se produce lo inhóspito. Ni la perfección ni la plenitud son de este mundo. Por eso no hay ni edades de oro iniciales ni utopías que se realicen al final de la historia; ni paraísos perdidos ni avenidas de ciudades felices. En el mejor de los casos, tales referencias no son más que recursos y mediaciones teóricas. La atención debería centrarse en las afueras, en nuestras afueras y en la afección infinita que, en nosotros, las penetra, así como en dedicar toda la energía para el desplazamiento de apenas medio palmo hacia la comunidad fraterna que vive.

LA LUZ DE LAS AFUERAS

El mundo no es una caverna, aunque haya cavernas oscuras en el mundo. La mejor luz del mundo—la mejor luz de las afueras—es claridad y penumbra. Nos llevamos bien con ambas, y a ambas celebramos.

Ni el mundo es una caverna, ni nosotros sus prisioneros. De ahí la conveniente precaución ante los esquemas ascensionales que describen las afueras como si fueran un receptáculo cerrado del que urgiría encontrar alguna vía de escape. En *El despoblador*, de Samuel Beckett, tenemos un ejemplo contemporáneo de este esquema: se cuenta que los humanos viven dentro de una especie de cilindro y fracasan en los reiterados intentos de fuga. El gnosticismo, con sus múltiples variantes, ha sido el gran difusor de semejante idea. Alerta, pues, con el isomorfismo, sin matices, de la luz, del conocimiento y de la ascensión.

Demasiada luz deslumbra, no nos conviene. Claridad, sí; foco de blanca luz, no. La luz excesiva se lo traga todo, al igual que la oscuridad. Hay muy poca diferencia entre el blanco y el negro. Sendos dominios son insufribles: huimos de la compacta negrura tanto como de la intensidad del rayo. Nuestra capacidad de ver y de vivir reclama una claridad similar a la de media tarde o una penumbra como la del atardecer. Saludamos la claridad *intermedia* así como la tibia luz que acaricia la superficie del mundo. Con el esquema ascensional suele imaginarse el cielo como un caudaloso manantial de luz blanca. Pero, si hay un cielo nuevo, deberá tener una luz parecida a la de nuestros días. Naturalmente, no sólo luz para los ojos: hay una claridad de los sonidos, y muy especialmente de las palabras. De ahí que haya palabras *claras*, incluso *luminosas*; palabras que ilustran, que orientan y, admirablemente, palabras que enseñan; palabras que, en cuanto perfectamente *genuinas*, distan lo mismo del estruendo que del apagado rumor de fondo.

Cuando la luz intermedia se convierte en calor, aparecen entonces las palabras *cálidas*, *sentidas*, reveladoras de que la esencia del lenguaje es el amparo. Puede que, por lo general, en el empeño por comprendernos hayamos cedido demasiado protagonismo a la visión. En las afueras, debemos conseguir que la mirada, e incluso el oído, se dejen llevar por el tacto, cuyas modalidades se bastan con la penumbra.

El mundo no es una caverna. Hay cavernas en el mundo: aislamiento, lóbreguez, miseria...; en todas ellas se añora la luz y la calidez. La claridad de las afueras lleva, por contraste, al desconcielo provocado por las tinieblas, que también a menudo se ciernen sobre las afueras. La amabilidad y la gracia pertenecen a la luz intermedia; sólo con su favor hay cosas que pueden verse, o que pueden verse mejor, del mismo modo que hay cosas que deben susurrarse al oído—y nada tienen que envidiar a los discursos pronunciados con potentes altavoces—. En las afueras, pues, vivimos de claridad, de penumbra y de susurros; de susurros de palabras cálidas que vibran cordialmente. Si alguna vez alguien ha logrado mover una montaña, no habrá sido a fuerza de gritos, sino con el más desnudo y sentido de los verbos.

LA AFECCIÓN EN LAS AFUERAS

«Las últimas cosas»: un campanario, un cementerio. Últimas cosas que pueden ser—que son—eventualmente sustituidas por elementos más neutros y asépticos. En las afueras, hay un lugar similar a muchos otros. Desde el campanario del pueblo, un callejón de agradable paso enlaza con el camino que serpentea hasta la colina, donde reposa el cementerio. Siempre como trasfondo, una serranía de montañas medianas define el poniente que va sumando los días y las noches. Arriba, el cielo abierto preside todos los inicios, amaneceres y nacimientos, así como todos los finales, atardeceres y entierros. Las breves vidas de los mortales son como senderos de silencios y de cantos, de blasfemias y de plegarias, de decepciones y de esperanzas.

Hay mucha presión para reducirlo todo a simples hechos, y a datos. Pero la vida se resiste a tal reducción. En el fondo, cada persona es un acontecimiento inefable. Es un hecho que hoy ha llovido. Podría parecer que el nacimiento de alguien es también un hecho. Sin embargo, que nazca un niño, que sea acogido y que le llamen por su nombre, es un acontecimiento para todos los que allí son o se hacen próximos. Pero que nazca un niño y nadie le ponga nombre, ni se dirija a él, ni le quiera, es también un acontecimiento, en este caso trágico. Un acontecimiento es un hecho *desbordante de significación*, o un hecho cuya significación pide respuesta; respuesta que, eventualmente, puede es-

tar ausente. «Desbordante de significación» indica la irreductibilidad a la mera constatación o a la explicación causal. Es evidente que cabe explicación causal: este niño ha nacido porque su madre estaba embarazada; esta persona ha muerto porque ha tenido un accidente... Sin embargo, la pertinente explicación causal no agota la significación. Celebraciones, blasfemias, plegarias y lamentos, tienen que ver con esta sabiduría inmemorial que no reduce la significación. Celebraciones, blasfemias, plegarias y lamentos son la expresión espontánea, pero honda, de que el mundo humano rebasa los simples hechos.

Por la misma razón de que no todo es reducible a hechos, tampoco todo se puede reducir a problemas. Es decir: existe lo problemático que, sin embargo, no es un problema. Pero entonces ¿cómo llamarlo? A pesar del lastre que acumula—por los montones de sandeces contadas bajo su título—hay que rescatar la palabra *misterio*. En tal empeño puede animarnos que autores tan diferentes como Gabriel Marcel o Walter Benjamin también hayan optado por usarla. El problema es susceptible de resolución; el misterio no. El problema es objetivo, es decir, lo tenemos delante; el misterio nos atrapa y nos implica: estamos en él. El problema exige ingenio para su resolución (desde cómo hacer fuego a cómo instalarnos en Marte); el misterio reclama atención y respeto. El tiempo, la vida humana o la presencia del otro, tienen que ver con el misterio. Pista y a la vez consecuencia del misterio es la ruptura ontológica: no todo es lo mismo. Y de aquí surge la más radical denuncia de la *indiferencia*. Los sentimientos más fuertes de nuestra vida son los relativos al misterio. Cuando se anula o se ignora, mengua la vida. De ahí que la «transparencia» sea la enfermedad de nuestro tiempo. En este sentido decía Benjamin que «las cosas de vidrio no tienen aura» o que «el vidrio es enemigo del misterio».¹ Obviamente, aquí «vidrio» significa plena transparencia y exposición. El erotismo es afín al misterio. La pornografía, a la total transparencia. La humilde casa de campo, con ventanas de vidrio, o la pequeña galería urbana a cielo abierto, tienen «aura». Los edificios hechos íntegramente de cristal, no. Por ello, reducirlo todo a problema o a hecho presupone la transparencia potencial, e implica una agresión encubierta a la vida. También podemos compartir con Benjamin la distinción entre misterio y enigma, a la vez que asumir la

lección de no abusar de las imágenes y de las representaciones metafóricas (a pesar de contar con ellas y valorarlas muchísimo):

La alegoría conoce muchos enigmas, pero ningún misterio. El enigma es un fragmento que forma conjunto con otro, en el que encaja. Del misterio se habló desde siempre con la imagen del velo, que es un viejo cómplice de la lejanía.²

El misterio en cuanto lo que nos envuelve, se vela y notamos como una lejanía muy peculiar: lejanía tan cercana que nos afecta hasta el tuétano; lejanía cercana, o presencia de una ausencia.

Sin embargo, desde hace algún tiempo, los intelectuales y la academia, de espaldas al misterio, se jactan de dar el tema por zanjado. Y el contexto social parece conformarse con ello, como si habiéndonos emancipado del antiguo lastre, pudiésemos por fin presumir de la pulcra, potente y rigurosa reducción a explicaciones de hechos. A veces, lecturas prematuras y superficiales de Nietzsche hacen de primer pasamano. Pero ¿cómo se podrían entender las palabras de este gigante al margen de su duro combate? Heidegger observa, muy oportunamente, que el loco que en el texto nietzscheano anuncia la «muerte de Dios» es el mismo que por las calles va gritando: «¡Busco a Dios!». Este loco nada tiene que ver con los indiferentes acomodados, que ya no buscan. A veces, sin embargo, el malestar está contenido y palpita subterráneamente. La procesión va por dentro. No me refiero sólo ni estrictamente al «tema» de Dios, donde Dios ya es término de discusión teórica y, por tanto, abstracta, sino a la experiencia de la vida. No hay que disimular las fisuras de la experiencia de la vida, ni hacer como si no estuvieran: no pueden ni taparse ni ocultarse, porque vuelven a salir.

Las fisuras revelan que el misterio constituye la vida; que no hay un Todo homogéneo que, virtuoso, despliegue diferencias de segundo orden. La vida es el ayuntamiento—la relación—entre lo finito y lo infinito, entre lo que abarcamos y lo que nos supera, entre lo visible y lo invisible, entre lo mismo y lo otro. La vida—la vida que se vive—no se puede describir sólo con las categorías aplicadas a todo lo que es, que conocemos y que podemos constatar, sino que exige la referencia a lo *infinito* u *otro*.³ Asumo las categorías filosóficas de *infinito* y de *alteridad*—que cabe hacer equivalentes o incluso articular: *infinito-alteri-*

dad—para traducir «misterio», de carácter más coloquial y tradicional. La alteridad a que remite la vida no está delante, no es tema, no podemos representárnosla, pero nos afecta y nos conmueve. Es, por ejemplo, y eminentemente, la alteridad del tú, la alteridad del otro, la alteridad del otro que tengo al lado y que, cual bisturí, me abre al gozo o al sufrimiento.

SENCILLEZ Y PROFUNDIDAD

Quien no perciba lo más sencillo, tampoco sentirá lo más hondo. Paralelamente, una cultura alejada de la sencillez es también una cultura alejada de la profundidad. Esto es lo que, de manera creciente, le ocurre a la nuestra. ¿Estará la civilización del progreso y del éxito científico desorientada como cultura de la vida? ¿Serán el consumismo exasperado, el malestar contenido y la violencia, por lo menos en parte, síntomas de tamaña desorientación? Hay un avance de lo abstracto que vacía y enajena la vida. Quizá se acerque el día en que, debido a tal enajenación, el malestar será ya insoportable y se necesitarán toneladas de droga y de distracción para mantenernos constantemente aturdidos.

La cultura que todo lo reduce a hechos y a datos es una cultura miope y, por eso mismo, decadente. Porque conviene saber que la decadencia de una cultura no se debe tanto a la poca destreza para enfrentarse a la dificultad y los asuntos más abstrusos, como a su desconexión de lo sencillo. Cúmulos de complejidades artificiosas, pero alejamiento de lo simple y de lo profundo. Encontramos sencillez poética en el trabajo bien hecho, en el gesto antiguo de cada uno de los oficios. Encontramos sencillez poética en el uso de las palabras en el habla coloquial. Encontramos sencillez poética en la comprensión normal y sensata de las cosas, y en las definiciones de siempre. A los actuales alumnos universitarios les sorprende, por ejemplo, lo que se encuentran cuando se les invita a buscar en el diccionario el adjetivo *verde*.⁴ La primera acepción dice así: 'De color semejante al de la hierba fresca'. Y no es ninguna metáfora. Casi nadie se la esperaba, cuando, sin embargo, es la definición más sencilla, la más evidente y la más esencial. Del color de la hierba fresca: la simplicidad de una de tantas definiciones de diccionario se convierte inesperadamente en dulzura para los oídos y en música para el

alma. Tal vez alguien, ya extraviado, crea que se trata de una definición poco científica; sin darse cuenta, engrosa las filas del desconcierto actual. Cualquier definición «científica» será secundaria respecto a la primera aproximación experiencial al mundo de la vida, consistente en señalar lo que se ve o en expresar lo que se vive. A menudo da la impresión de que algunos autores de libros de bachillerato o de manuales universitarios relacionados con las nuevas disciplinas presuntamente científicas (ciencias empresariales y económicas, ciencias sociales y políticas, ciencias de la educación y del aprendizaje, ciencias de la comunicación...) no es ya que hayan perdido la inspiración, sino la cabeza, porque el conocimiento mal digerido les ha ofuscado el acceso primordial al sentido de las cosas. No dejan de proponer definiciones con aire de científicidad en lugar de mantener la comprensión elemental. Han desconectado de la base y pululan dentro del nimbo de la confusión, cuyas dimensiones contribuyen a agrandar incorporando a los jóvenes recién llegados. Desolador.

La desconexión de lo sencillo es desconexión de la génesis.

Se conoce el verde cuando se ve la hierba fresca crecer en los límites de la huerta, entre los surcos, o brotar en los angostos espacios de los márgenes de piedra seca. O la que nace todavía en las aceras de la ciudad, o entre los adoquines de las antiguas calles. Van Gogh decía que quería acercarse a la naturaleza pero, igualmente, junto con este acercamiento, ir más allá. Esto es lo que pasa: quien sea capaz de ver el color de la hierba estará ya en el umbral del calado que esconde.

Nos conviene muchísimo una renovada fidelidad a lo elemental y a lo concreto. Es el principal cometido de una filosofía de la proximidad. Pertenece a una época en la que resulta relevante atender a los regueros insinuados en la pared por el agua de la lluvia; pertenecemos a una época en la que bastaría con notar la espera inexpresable que emerge sintiendo el olor del suelo mojado por el rocío; pertenecemos a una época en la que sólo prestando atención ya se alcanzaría lo más importante. Así, por ejemplo, únicamente la atención a lo sencillo permite entender lo simbólico; solo la atención prestada a la experiencia de la vida da acceso al sentido que quiere condensar el símbolo. Con atención, pronto se entiende por qué el cielo azul es una imagen-símbolo elemental que puede significar serenidad, calma, paz, inmensidad y ligereza; pronto se entiende por qué el cielo

no tiene historia—en su seno el tiempo se duerme—, y por qué es como un presente «eterno» que, sin embargo, a pesar de su claridad, no es transparente; y pronto se entiende por qué, precisamente por no ser transparente, no se ofrece al raciocinio explicativo sino a la imaginación.

¿Y si existiera una conexión entre la incapacidad para darse cuenta de la sencillez y el déficit de generosidad? Entonces, sólo renovando la mirada sabríamos volver a recibir y a dar. En la renovada fidelidad a lo elemental, en la humildad de la tierra, se aprende a escuchar y a ser oyente atento. Y se aprende también a tener paciencia, como la de aquellos dioses que, según cuentan los vedas con sentido del humor, hacían cola esperando que llegase su turno para gobernar el mundo. Dioses con suficiente paciencia para pedir tanda y hacer cola: lección ejemplar para tenerla también nosotros, no con el fin de gobernar el mundo, sino con el de escuchar y admitir. Paciencia para incubar una filosofía y un pensamiento de la *admisión*.

Saber recibir es una virtud. De hecho, es la primera virtud del dar: la primera virtud del dar es recibir, del mismo modo que la capacidad de hablar empieza por escuchar. Todo viene de *emitir* (*mittere*), que significa 'enviar'. *Ad-mitir* y *per-mitir* son variaciones del dejar llegar. *Ad-mitir* es 'dejar venir, dejar entrar lo que viene, no cerrarse al advenimiento'. Admitir viene a ser una generosidad humilde que lleva a más generosidad. La admisión genera. En el admitir y en el permitir hay coincidencia entre Heidegger y Lévinas: el primero cuando pide estar abierto al eco del ser, y el segundo, a la solicitud que viene del otro. Pese sus fuertes oposiciones, crean filosofías de la admisión. En ambos autores se vislumbra un distanciamiento de ese humanismo que pone al ser humano en el centro de un desarrollo y de una conquista; ambos autores se dirigen hacia un «aquí» o hacia un sujeto capaces de admisión.

LAS AFUERAS DE LAS AFUERAS

A veces, la intensidad de la vida es aún superior en los márgenes, en los márgenes de las afueras, o en las afueras de las afueras. Mientras que en el paraíso imposible no había vacas, aquí sí que, sobre todo antes, las había.

En las afueras de una ciudad, un vaquero humilde tenía dos vacas. Pocos meses atrás, por unas circunstancias extraordinarias, había perdido a su hija. La niña y un amiguito del mismo barrio, que era ciego, habían huido de casa para juntarse con una tropa de jóvenes que, insólitamente, querían llegar desde las costas de Francia a Jerusalén, para liberar la ciudad santa de los infieles. Corría el año 1212 de nuestra era. Una tristeza inmensa pesaba sobre el alma del vaquero, pero, viudo, no tenía nadie a quien contar su pena. Cada día repartía la leche por las casas, pero la gente se prestaba muy poco a la conversación. De la leche sobrante elaboraba requesón, que también vendía. Las semanas y los meses posteriores a la marcha de su hija, mientras ordeñaba las vacas, también les hablaba. Aunque ellas mantenían su fisonomía impertérrita, él les confesaba su dolor y lo mucho que añoraba a su hija.

Se llamaba Allys. Fue una de tantas chiquillas que se enrolaron en la *cruzada de los niños*. La leyenda cuenta que después de muchos días de camino, de muertes por falta de alimento, y de deserciones, se embarcaron en siete barcos. Dos naufragaron, y los chicos que iban en los otros—Allys estaba entre ellos—fueron capturados y vendidos como esclavos tras desembarcar en Alejandría.

En 1896, el escritor Marcel Schwob hizo una breve pero inspiradísima recreación literaria de esta tragedia, con pasajes muy impresionantes, y es él quien nos habla de la pequeña Allys, de por qué se sumó a la cruzada y qué hacía:

Hay un niño que se llama Eustace, y que nació con los ojos cerrados. Mantiene los brazos tendidos y sonrío. Nosotros no vemos más de lo que ve él. Una niña lo acompaña y le lleva la cruz. Se llama Allys. Nunca habla y nunca llora; mantiene los ojos fijos en los pies de Eustace, para sostenerlo cuando tropieza.⁵

Ya en el momento que la tragedia toca a su fin, la pequeña Allys se dice a sí misma:

Ya no puedo caminar bien, porque estamos en una tierra ardiente, a la que nos han traído dos hombres malos de Marsella. Y antes de llegar, el mar nos zarandeó, en un día negro, bajo los fuegos del cielo. Pero mi pequeño Eustace no tuvo pánico, porque no veía nada y yo le cogía de

las manos. Lo quiero mucho y he venido hasta aquí por él. Porque no sé adónde vamos.⁶

De la mano hasta el final.

La hendidura de la bondad ya se ha mostrado en la pequeña Allys. El suyo es el gesto humano más humano de todos los gestos: amparo y generosidad.

Resulta inverosímil que en un mundo a veces tan hostil, la bondad se muestre con esta viveza. Finalmente, la bondad sostiene el mundo, como la pequeña Allys sostiene el caminar inseguro de Eustace.

Eustace entrará en el cielo en el mismo momento en que sus ojos contemplan a Allys. Allys estará en el cielo en el momento en que los ojos de Eustace la miren rebosantes de amor y de gratitud, igual que si se tratara de una aparición angelical.

En las afueras, génesis, vida y bondad laten al unísono. No hay nada más vivo que la bondad, ni nada más esencial que la generosidad que vive. Nada más vivo, nada que tenga más fuerza. Por eso sostiene el mundo humano. Sin la bondad, la oscuridad inundaría un mundo que pronto se precipitaría en el caos abismal.

El sacrificio de Allys es un acontecimiento mayúsculo. La filosofía sólo puede ser *a posteriori* si de verdad se presta atención a los acontecimientos. ¿Alguien cree que el primer conato de la palabra debe ser el de explicar causalmente? Nunca se había pretendido tanto como hasta ahora, y el sentido de la vida se escurre y se evapora. ¿Qué explicación tiene el gesto y el sacrificio de Allys? ¿Se puede explicar la bondad de la misma manera que se explica por qué el agua se hiela, o por qué la tierra gira tan deprisa? Allys cuida a Eustace porque es buena y porque lo quiere. Y es buena porque es buena, y lo quiere porque lo quiere.

APENAS A MEDIO PALMO

Si nos desplazáramos medio palmo, continuaríamos todavía en las afueras—más allá de las afueras hay afueras—, pero todo sería diferente. Sin embargo, estos nueve o diez centímetros exigen un esfuerzo tan grande, o una disposición tan especial, que